

Capítulo 1

Lomas de Zamora, Buenos Aires.

14/7/2015, 02:37 hs.

El primer disparo le dio a la ventanilla trasera derecha. El Tano pisó el acelerador a fondo y la camioneta negra salió a toda velocidad por el camino de grava. Lanzó una rápida ojeada hacia atrás. El laminado protector había frenado la bala. Su cliente estaba pálido y miraba el cristal astillado como si estuviera ante una aparición demoníaca.

A lo lejos se encendieron en medio de la noche los faros de un auto. El Tano lo vio estacionado donde la calle hacía una curva hacia la izquierda. Comenzó a frenar mientras calculaba el plan de escape. Se tragó las ganas de gritarle a su pasajero: “si me hubiera hecho caso no estaríamos en esta trampa”.

El espejo retrovisor de su lado desapareció con un ruido semejante a un aplauso sonoro. Sin siquiera pestañear colocó la marcha atrás y apretó el pedal. Estaban alejándose en reversa y a toda velocidad. Una espesa polvareda cubría la retirada, sin embargo, otro disparo astilló por completo el parabrisas frontal. No podía ver lo que tenía delante. Valiéndose de los espejos que le quedaban, el Tano se apuraba para sacar a su cliente de la zona caliente.

Cuando se estaban acercando a una rotonda aparecieron dos vehículos más. Les cortaban la vía de escape y se dirigían hacia ellos. El Tano presionó el parabrisas delantero con la mano enguantada. Con el segundo empujón todo el vidrio adherido al laminado cayó hacia adelante como si fuera de goma. Estaban entre un tirador escondido, el auto que se acercaba por delante y los dos que venían por atrás.

El Tano suspiró. Había participado en más despliegues militares de los que podía recordar y había protegido a personalidades por casi diez años. Tragó saliva e hizo el cambio de marcha. Dobló hacia el césped que crecía entre dos pabellones universitarios. Por detrás de los edificios de la Universidad de Lomas de Zamora aparecieron dos hombres para cortarles el paso. Se acomodaron los fusiles y les apuntaron.

Cuando comprendió que no había hacia dónde ir, frenó de golpe. Se abrió la camisa de un tirón, rompiendo los botones. El chaleco de kevlar que tenía abajo disponía de dos pistolas cada una con una Beretta APX. Una la llevaba fija a la altura del esternón y otra en medio del abdomen. A cada lado había cuatro bolsillos con cargadores repletos de municiones de 9 milímetros. Extrajo el arma de la faja superior, era la que tenía una mira láser adosada a la base del cañón.

En un rápido movimiento encendió el puntero luminoso y disparó hacia el frente. Uno de los hombres con fusiles cayó al suelo con la garganta perforada. Escuchó unos tiros que provenían desde atrás. Todo estaba oscuro y no vio nada. Cuando volvió la vista al frente, solo quedaba un individuo muerto en el suelo, el otro se había escondido.

El Tano revisó el perímetro apuntando con la mira. Su cliente, Miguel Ángel Gatti, estaba temblando en el asiento trasero. Con voz firme le ordenó:

—Sáquese el cinturón de seguridad y tírese al piso de la camioneta.

Por detrás aparecieron los tres autos que los perseguían. Se acercaban de a poco. El Tano puso primera y siguió hacia adelante, por el pasto. De pronto, por detrás del edificio, se asomó el otro hombre con un fusil. Antes de que pudiera apuntar a la camioneta el punto luminoso apareció en su cabeza. Un segundo después el tipo soltó su arma y cayó al césped. Entre las cejas estaba el orificio por donde había ingresado la munición de la Beretta. A unos trescientos metros el Tano observó que había una

calle lateral. En ese momento recordó la imagen del GPS, antes de llegar le había parecido una buena vía de escape.

Miró hacia atrás y comprobó que su cliente seguía agachado y temblaba de miedo. En cuanto las balas comenzaron a pasar rozando la carrocería, se agazapó y procuró conducir con una trayectoria sinuosa.

Tenía la mano izquierda sobre el volante y en la izquierda empuñaba la Beretta apuntando hacia adelante. El haz de la mira luminosa barría la zona frente a la camioneta. Sobre uno de los techos de chapa de los edificios notó que algo se movió con rapidez. Supuso que era el tirador que se había escondido a la espera de que atravesen su zona de tiro. El Tano fijó la punta del láser sobre el borde externo de la chapa y disparó. Pocos segundos antes de que la camioneta llegue a ese lugar en el techo apareció un cuerpo que no podía sostenerse. Cayó flojo como un manojito de sogas viejas.

La camioneta avanzaba veloz, dando saltos sobre el terreno irregular. En menos de cincuenta metros podrían alcanzar la ruta de escape. En ese momento perdió el control del vehículo. Le habían disparado a la rueda delantera derecha. Pocos segundos después, otro balazo los dejó sin un neumático trasero. Se estaban frenando cada vez más

Cuando el motor ya no lograba hacerlos avanzar, el Tano se soltó el cinturón de seguridad. Con la agilidad de alguien más joven, el guardaespaldas de cuarenta y cuatro años saltó al asiento trasero para proteger a su cliente. Empuñaba también la otra Beretta que había sacado de la pistolera junto al abdomen.

Uno de los tres coches avanzaba hacia ellos a toda velocidad. Con un disparo asistido por el láser el Tano levantó parte del cráneo del conductor. El auto con el parabrisas embarrado de sangre se alejaba fuera de control. Desde su sitio en el asiento trasero el Tano efectuó otra comprobación perimetral. Un Toyota blanco cambió su rumbo y comenzó a alejarse hacia la izquierda. En el otro, un Peugeot rojo, un hombre estaba asomado por la ventanilla. Estaba disparándoles con un fusil de asalto. Como venía por su izquierda, el Tano usó la Beretta de la otra mano. Alguno de los dos tiros de la pistola entró en el ojo izquierdo. El Peugeot se alejó con el tirador colgando de la ventanilla.

Antes de que pudiera completar una nueva inspección del contorno, vio al Toyota blanco. Se les acercaba a toda velocidad por la izquierda. El Tano vació los cargadores disparando con las dos manos. Pese a todo, el choque llegó de costado y volcó la camioneta. Dieron dos vueltas sobre el pasto hasta quedar otra vez sobre las ruedas.

Gatti se encontraba ileso y descubrió que tenía encima a su guardaespaldas. Zamarreó al Tano con fuerza, pero este no reaccionaba. Desde afuera le abrieron la puerta de la camioneta. Salió despacio y con las manos en alto. Estaba rodeado por cinco o seis individuos que le apuntaban con sus armas.

El Peugeot rojo se había estacionado a pocos metros. Un hombre salió con dificultad del asiento trasero apoyándose en el marco de la puerta. Se acercó hasta quedar iluminado por los focos del auto. Esa noche el Mono Ferrara usaba un conjunto de ropa deportiva blanca. Llevaba el cabello gris enrulado y largo rodeándole la calva brillante. Se cubrió el prominente abdomen estirando hacia abajo el elástico del buzo.

—Por favor, Mono, no me mates —rogó Gatti con la voz temblorosa—. Olvidate de lo que te pedí. Además, vos sabés que yo nunca iba a decir nada.

—Tendrías que haberlo pensado antes, pelotudo. Sabés que conmigo no se jode.

—Dale, Mono. Somos amigos —retrocedía hasta que el cañón de un arma le cerró el paso—. Vamos, después de todo, la guita la conseguí yo y...

—¡No seas imbécil! —lo interrumpió— La guita la soltaron porque yo estoy atrás de todo. Vos sos un forro que lo único que sabe hacer es firmar papeles.

El Mono utilizó la uña del meñique a modo de escarbadientes. Al terminar observó el dedo para comprobar el resultado de su labor. En un tono más sosegado prosiguió:

—La verdad, Gatti, es que yo pensaba darte algo. No sé si era la cantidad que vos esperabas, pero algo ibas a ligar, pero no, el señor se cree con derecho a reclamar.

—Perdoname —suplicó esta vez entre lágrimas—, no me des nada. No me hace falta y te juro que no voy a decir nada.

—Estoy seguro de que no vas a decir nada —la voz del Mono resonó grave en medio del canto de los grillos. Se acomodó los rulos con las dos manos, dio media vuelta y ordenó—: Empiecen, muchachos.

—¡Pará, Mono! ¡No, por fav...!

La voz de Gatti se apagó cuando recibió un culatazo en medio de la cabeza. Se le aflojaron las rodillas y cayó sin sentido sobre el pasto. Entre dos hombres lo acostaron encima de un rectángulo de alambre de gallinero. Con gran esfuerzo lo hicieron rodar hasta envolverlo con el tejido hexagonal. Al final lo ataron con unas gruesas cadenas que amarraron con alambres. Se acercaron otros dos más y lo levantaron en el aire. Todos miraron al Mono. Él se encogió de hombros y les preguntó:

—¿Qué esperan, boludos? —señaló con el pulgar hacia atrás—. Más allá está la laguna esa, Santa Catalina. Es un buen lugar para darle morfi a los pescados. Espero que no se intoxiquen al comerse a este forro.

Se quedó mirando como desaparecían todos en la oscuridad. Otro grupo de sus hombres estaba ocupado llevando muertos y heridos. Uno de los suyos lo sacó de sus pensamientos cuando le preguntó:

—Che, Mono, ¿qué mierda hacemos con el grandote canoso?

Se acercó a la camioneta a paso lento y vio que el Tano estaba caído acurrucado en el piso de la camioneta. Con el reverso de la mano lo abofeteó con fuerza. No hubo reacción, estaba inconsciente. A través del chaleco antibalas apenas se le notaba la respiración pausada.

El Mono y el otro se acercaron para verlo más de cerca. El Tano medía más de un metro noventa y llevaba el pelo blanco cortado casi al ras. La barba tenía la tonalidad pajiza que resulta de la mezcla de las canas con el pelo rubio, y pese a su abundancia no conseguía cubrir del todo una cicatriz. La marca irregular de la sutura hacía pensar que algo habría entrado o salido de su boca a través de la mejilla.

—Dame tu fierro —le dijo el Mono señalando el arma que sostenía el hombre a su lado.

Con la pistola en la mano se acercó hasta quedar a unos centímetros del Tano. Se tomó un momento para apuntar. Sonrió y le disparó en el costado izquierdo de la cabeza.

—Listo —dijo devolviendo el arma a su dueño—. Hasta hace un rato este era un tipo grandote peligroso. Ahora, miralo, es solo un fiambre grandote.

—Jefe, ¿lo dejamos ahí donde está? —preguntó el que guardaba la pistola.

El Mono se estaba alejando. Al oír la pregunta regresó pensativo y miró al Tano.

—A este, tírenlo en la Catedral de Lomas de Zamora. Che, ¿por qué ponen esa cara? Es para que llegue más rápido al Cielo.

Dos hombres delgados que parecían hermanos tuvieron que esforzarse para sacar al Tano de la camioneta. Estaban transpirados cuando lo trasladaron hasta el Peugeot. Lo sujetaban de las axilas y los tobillos. Lo balancearon trabajosamente para tomar impulso y lo tiraron dentro del baúl.

El Peugeot se alejó por un camino lateral de tierra. Cerca del paragolpes trasero la sangre del Tano se escurría por la carrocería. El rastro brillante pronto se opacó, convirtiéndose en barro.

Capítulo 2

Barrio de Retiro.

31/7/2015, 20:38 hs.

El mobiliario de la sala de espera contenía un claro mensaje: el editor quería desalentar a los que quisieran hablar con él. El asiento de la secretaria, ubicado junto a la puerta cerrada de su jefe, era lo único que se veía mullido. Luego de casi tres horas de espera, Lucho Pellegrini ya había probado todas las posturas en la silla.

Una hora antes, en busca de alivio, se había puesto de pie. Sin suspender el tipeo en su computadora, la secretaria le había dedicado una mirada recriminatoria por encima de sus anteojos. Tenía la expresión de quien ha bebido una abundante copa de vinagre. La mujer no había regresado la vista al monitor hasta que Lucho se sentó de nuevo.

El espacio sin ventanas estaba mal iluminado, olía a una fragancia artificial y dulzona. La secretaria, sin interrumpir su labor mecánica, cada tanto le lanzaba una mirada de reojo. Cuando se veían el uno al otro ella ensayaba una sonrisa sintética que casi de inmediato se desvanecía. Lucho calculó que la edad de la mujer estaba entre los treinta y cinco y cuarenta años. El pelo de color indefinido estaba recogido en una cola corta y el traje negro que llevaba resaltaba su palidez. Los anteojos de carey se parecían a los que usaba su padre en la década de los ochenta.

Cerca de las siete y media de la tarde la secretaria se comunicó por teléfono con su jefe. Entre susurros mal disimulados le avisó al hombre tras el muro que se retiraba. La conversación finalizó tras una afirmación de la secretaria. Lucho imaginó que el editor había querido saber si él seguía esperándolo. Antes de irse, ella apagó su computadora, se quitó los enormes anteojos y se soltó el cabello. Al salir de la oficina ella le dedicó otra breve sonrisa de costado.

En cuanto quedó solo en la recepción, Lucho se puso de pie. Colocó encima del asiento el sobre de papel madera que había traído y se estiró todo lo que pudo. En el silencio del lugar sus articulaciones tronaron más de lo esperado. Se aproximó en puntas de pie a la puerta del despacho del editor y acercó el oído. A través de la madera logró reconocer el murmullo del hombre que hablaba por teléfono.

Lucio Pellegrini miró la hora una vez más. Salió dejando la sala de espera vacía y pulsó el botón para llamar al ascensor. En cuanto llegó la cabina apretó la tecla de la planta baja y regresó al pasillo. Las puertas se cerraron dando un golpe. Mientras el ascensor descendía vacío, volvió silencioso a la sala de espera.

Unos minutos después se abrió la puerta del despacho del editor. El hombre al ver a Lucio Pellegrini se quedó inmóvil con la boca abierta. Todavía no había llegado a colocarse la otra manga del saco. Cerró la boca y frunció las cejas que eran tan espesas como su bigote.

—Lucho, parece que no entendés las indirectas —le dijo el hombre con el tono de un padre que ve las malas calificaciones de su hijo.

—Hola, Walter —lo saludó alegre mientras el editor se calzaba la otra manga y apagaba la luz del despacho.

—¿Cuánto hace que estás esperando?

—Un ratito —le respondió agitando el sobre que tenía en la mano—. Sin embargo, lo que te traigo, vale la pena. En serio, Walter.

Le tendió el sobre que había traído. El editor lo miró y lo eludió como si fuera una enfermedad contagiosa. Salió de la sala de espera y Lucho lo siguió hasta el ascensor.

—Vamos, Walter. Lo único que te pido es que leas este artículo. Llévatelo. Lo mirás tranquilo en tu casa, o cuando puedas.

Al llegar el ascensor los dos se subieron. El editor presionó el botón del subsuelo y se quedó mirando como cambiaban los números digitales. Lucho suspiró y le dijo:

—Walter, me tuviste tres horas de plantón. Lo menos que podés hacer es escucharme.

El editor volvió la vista y a Lucho le pareció que estaba pálido y empezaba a tener la calva perlada de sudor.

—Lucho, ¿por qué me traes una nota si sabés que no podemos publicar nada tuyo?

La voz había salido temblorosa. Walter tragó saliva con dificultad y balanceando la cabeza hacia los lados agregó:

—¿Qué más quisiera yo que publicar una nota tuya? Pero no podemos y vos lo sabés. Y también sabés por qué.

—Pero esto es otro tema —respondió Lucho agitando el sobre hacia adelante— No tiene nada que ver con lo que vos estás pensando.

Le mostró una vez más el envoltorio de papel marrón. Apretó los labios y luego prosiguió:

—¿Te acordás de Buglione? —El editor se encogió de hombros—. Dale Walter, el pibe de Deportivo Riestra que se lo llevaron a jugar al Manchester United. Un chico habilidoso que después estuvo en el Bayern Múnich y al final terminaron expulsándolo del Estrella Roja de Belgrado.

—Dale, Lucho. ¿En serio? Me vas a decir que ahora escribís sobre deportes.

—Escuchame. Ya pasó algo de tiempo y ahora nadie sabe nada de él. Bueno, yo lo entrevisté durante cuatro horas y me contó como fue el asunto en Europa. Al final el pibe me dio los detalles. Los entrenadores le daban unos derivados de la efedrina. Unas mierdas que no aparecen en las pruebas de orina.

—Claro —señaló Walter con una risa falsa—, estoy seguro de que además en esas hojas están los nombres de los que le daban eso al pibe Buglione, ¿no?

El ascensor se abrió en el estacionamiento del subsuelo. El editor salió disparado al garaje que apestaba a combustible. Lucho lo seguía de cerca.

—Walter, es la primera entrevista que da el pibe Buglione. Esto se vende.

—No aprendés más, Lucho. ¿Te das cuenta? Siempre vas a ser un periodista que investiga. Escarbás hasta que aparece la mierda. Notas de política, internacionales, ahora deportes, pero cada vez que se publica algo tuyo se destapa una olla llena de bosta y empiezan los quilombos.

—Está bien —le dijo cuando Walter estaba abriendo la puerta de su auto—. Lo podés editar como quieras. Le sacamos los nombres de los entrenadores. Es una nota de interés.

El hombre lanzó su portafolios al asiento trasero. Luego se dio vuelta y se le plantó de frente con una mueca en la boca. Suspiró y con un tono amistoso le dijo:

—Lucho, no puedo ni tocar ese sobre. Todos recibimos las mismas órdenes: nadie de ningún medio tiene que relacionarse con Lucio Pellegrini. A ver, ¿qué te dijeron los del diario Actualidad Metropolitana? Al fin y al cabo vos eras su periodista estrella, ¿o no?

Lucho torció la boca mientras se pasaba la mano sobre el pelo gris de la cabeza.

—Me dijeron más o menos lo mismo que vos. Pero, vamos, Walter, cambiá lo que quieras y ponele el nombre de algún pibe de deportes. Necesito la plata. Hace casi

un año que no consigo publicar nada. Dale —bajó la vista y casi susurrando agregó—. La puta madre.

El editor hizo una mueca y se rascó la pelada. Miró el sobre y luego le dijo a Lucho:

—Estoy seguro de que es una nota excelente. La historia del pibe Buglione es de esas que le gustaría mucho a la gente. No tengo dudas de que se interesarían hasta los que no saben un carajo de fútbol. Incluso podría dárselo a uno de los muchachos de deportes. Pero, vamos, Lucho, la puta madre. ¿Cómo mierda hacemos para disimular tu estilo? Es como chocar un auto para que no se note la marca. Aunque ahora te parezca que es una maldición, pocos periodistas tienen tan buena redacción. Después de todo, el sello Pellegrini es inconfundible.

—¿No podés hacer nada? Por favor, me pagás lo que puedas.

—Imposible, Lucho. El tipo ese, el que vos sabés, no quiere que trabajés más. Además, su gente ya lo sabe.

—¿Cómo?

—Ya saben que estás conmigo. Hace una hora me llamaron y me preguntaron si todavía estabas en mi oficina.

—¿Qué les dijiste?

—Lucho, los demás tenemos que seguir trabajando. Siempre te tuve respeto como periodista de investigación. Por el libro que escribiste, por las notas, por tu integridad profesional. Insobornable. Tal vez fuiste el mejor, pero este tipo al que jodiste no te la perdona. Ojalá las cosas fueran diferentes. Lo siento mucho.

Walter se subió y cerró la puerta del auto. Lucho se quedó mirando como las luces del Citroën C3 desaparecían por la rampa.

La voz retumbó en el estacionamiento casi vacío:

—Pellegrini, parece que no tenés mucha suerte.

Lucho miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Sintió que los intestinos se le habían convertido en gelatina.

Escuchó unos pasos cerca de la columna que tenía el número siete. La sombra pasó por debajo de un tubo fluorescente y Lucho pudo ver al hombre. Tenía la complexión de un boxeador de peso pesado. Llevaba puesto un buzo negro y se le acercaba con un andar bamboleante. Parecía no tener apuro.

Cuando estuvo cerca, la mala iluminación del garaje parecía resaltar la deformidad de la nariz del hombre. Era una cara acostumbrada a recibir golpes. Lucho notó que tenía los nudillos cubiertos de gruesos callos.

Una vez más lamentó que su curiosidad fuera mayor que su instinto de supervivencia.

—¿Qué me decís, Pellegrini? ¿Vos tenés o no tenés suerte?

El hombre tenía casi su estatura, pero quizás el doble de ancho. Lucho notó que sonreía de un modo que le impedía saber que sucedería a continuación. Un escarbadiantes se movía en su boca de un lado al otro. Lo miraba divertido con unos ojos minúsculos y hundidos. De a poco comenzó a percibir un fuerte perfume a loción para después de afeitarse.

—Vamos, Pellegrini, ¿cómo puede ser que un tipo como vos no diga nada? Justamente sos famoso por decir cosas. Bueno, a veces esas cosas joden a la gente equivocada, ¿no? —Señaló el sobre con su mandíbula cuadrada y preguntó—: ¿Qué es eso?

Lucho sentía las gotas de sudor que resbalaban por debajo de su camisa.

—Pellegrini, no me vas a decir que tenés miedo, ¿no? Te noto un poco pálido. No dejes que te confunda mi apariencia. Soy un hombre educado y me parece descortés que te haga una pregunta y vos no me contestes.

Lucho vio que los ojos del hombre ya no estaban tan alegres como antes. Tragó saliva y habló con una voz que le sonó ajena:

—Disculpame. Estoy un poco distraído. ¿Que me preguntaste?

—Quería saber qué pensás: ¿tenés suerte o no? Es una pregunta sencilla.

La cara pareció ensanchársele aún más cuando apretó las mandíbulas. Supo que con ese hombre todo podía salir mal, no obstante si no contestaba pronto el resultado sería peor. Inspiró hondo y le respondió:

—Yo creo que lo de la suerte es algo relativo.

El hombre inclinó la cabeza. Por el movimiento que hizo el escarbadientes pareció asomarse una sonrisa.

—¿Por qué pensás eso, Pellegrini?

—Fijate el caso de mi tío Anselmo —dijo Lucho que ya sentía toda la espalda mojada—, el martes a la tarde iba en un taxi. De pronto, chocaron con un camión. El pobre terminó en el hospital con un yeso en el brazo. Uno podría suponer que tuvo mala suerte, ¿no? —El hombre asentía sin dejar de mirarlo con los ojos entornados—. Cuando lo chocaron, mi tío estaba yendo al aeropuerto. El avión que no pudo tomar tuvo un desperfecto mecánico y se cayó en el Atlántico. No hubo sobrevivientes.

El boxeador le sonrió con los dientes apretados. El sonido que salió de su gruesa garganta pareció una leve risa. Mientras asentía con movimientos lentos le tendió la mano en dirección al sobre. Lucho se lo entregó.

—Me cae bien tu tío Anselmo. Es un sobreviviente. Como vos, ¿no?

Cuando Lucho lo vio pasar a la segunda hoja le preguntó:

—¿Cuándo va a dejar de perseguirme el doctor Marchetti? —el hombre seguía leyendo con una sonrisa de costado. Lucho prosiguió—: Ya pasó un año. Nadie se acuerda de la nota esa.

Tras un momento de silencio, el hombre finalizó la lectura.

—Que buena esta historia del pibe Buglione. No sabía lo que le había pasado en Europa. ¿Dónde vive ahora? —quiso saber mientras regresaba los papeles al sobre—. Bueno, eso no importa. Me distraje con la lectura, ¿qué me preguntabas? Ah, sí, lo del doctor Marchetti, ¿no? El tipo parece que no puede olvidarte. La verdad es que con la nota del año pasado lo dejaste con el culo al aire. Él quiere que vos no trabajes más de periodista. Mirá, Pellegrini, tendrías que ser más piola y dejarte de joder con los reportajes. No sé. Vos sos un sobreviviente, buscate otra cosa. Podés trabajar con tu tío Anselmo. ¿Qué me decís?

Sin dejar de sonreír el hombre empezó a romper el sobre por mitades. Los pedazos eran cada vez más pequeños. Por fin abrió los dedos y los trozos cayeron en medio de los dos.

Lucho se quedó mirando los papeles. La transpiración goteaba helada hacia la cintura. Como si eso pudiera proporcionarle alguna protección, se abrochó el saco de cordero marrón. Levantó la vista para observar la cara del hombre que parecía estar tranquilo. Apretó los dientes y se quedó esperando los golpes que, según imaginó, no tardarían en llegar.

El hombre miró divertido a Lucho, tal vez percibía el miedo que sentía. Se encogió de hombros y le dijo:

—Mirá, Pellegrini. A mí me pasaron el dato de que te iba a encontrar acá. El doctor Marchetti específicamente me pidió que te rompa algo.

Al terminar la frase le guiñó uno de los ojos minúsculos y con la nariz le señaló los papeles del piso. Se colocó la capucha y se alejó sin apuro. Lucho lo vio subirse a un Volkswagen Gol rojo que estaba cerca de la rampa. Antes de irse el hombre bajó la ventanilla y casi riendo le gritó:

—Mandale saludos al tío Anselmo.

Lucho contempló los papeles rotos en el piso. Algunos se oscurecieron al absorber el aceite de motor de una mancha. Se metió las manos en los bolsillos y se fue caminando hacia la salida.

De regreso a la pensión pensó en el boxeador. Después de todo había sido el único lector del reportaje al pibe Buglione. Si dejaba de escribir, el doctor Marchetti lograría su objetivo. Abandonar el periodismo era una forma de morir, morir profesionalmente.

Sonrió de costado al recordar al hombre que envió el doctor Marchetti. El boxeador lo había considerado un superviviente. Tal vez era cierto, pero estaba claro que era tarde para hacer otra cosa con su vida. Solo podía ser periodista. Lo que estaba haciendo no servía, era hora de aprovechar sus habilidades. Era hora de tomar las riendas de su destino porque la suerte, después de todo, es algo relativo.

Capítulo 3

Pilar, Buenos Aires.

3/8/2015, 19:11 hs.

Ese día el Mono Ferrara llevaba puesto un conjunto deportivo de color beige de una marca exclusiva. Veía la televisión recostado en un gran sillón. Los rulos largos de pelo gris habían formado una mancha en el tapizado de tera. Se enderezó en el asiento y el esfuerzo le puso roja la cara. Se inclinó sobre la mesita para tomar un sorbo de fernet con gaseosa cola. Hizo un breve buche mientras regresaba el vaso a su lugar y tragó la bebida. Se dejó caer en el sillón como si de pronto todos sus músculos hubieran cesado sus funciones.

Se oyeron dos golpes en la puerta del salón. El Mono dejó de rascarse la calva para gritar:

—¿Qué pasa, che? —cuando vio quien había entrado agregó murmurando para sí— La puta madre. No puedo estar tranquilo ni en mi propia casa.

El hombre que se le acercó estaba muy delgado y tenía el pelo largo y negro. De la cintura del vaquero asomaba la culata de una pistola. El chaleco de cuero que tenía sobre la descolorida remera oscura apenas tapaba el arma. Tenía la cara tan hundida que las mejillas y la nariz le sobresalían filosas. Por su aspecto parecía el dueño de una funeraria que a último momento se había convertido en roquero.

Miró al Mono con sus minúsculos ojos inertes y le dijo:

—Hay un policía que quiere verte.

—¿Un cana? Decile que se vaya a la mierda, Flaco. Estoy muy ocupado.

El hombre permaneció en su lugar como si no hubiera oído nada. Le mostraba una tarjeta de visita que tenía en la mano. Al verla, el Mono apagó la televisión. Tomó impulso con las piernas y se sentó como pudo. Casi sin aliento preguntó:

—¿Que carajo quiere?

—Dice que viene por algo que apareció en la catedral de Lomas de Zamora.

El Mono tomó un largo sorbo de su bebida.

—¿Te dijo cómo se llama?

—Emiliano Greco —respondió el Flaco leyendo la tarjeta—, Inspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

El Mono dejó el vaso encima de la mesita y apoyó las manos sobre las rodillas. Miraba el suelo moviendo los ojos de un lado al otro, como si estuviera buscando algo perdido. Tras un instante dijo:

—Flaco, escuchame bien —dijo el Mono luego de ponerse de pie y acercarse—. Hacelo pasar. No sé qué mierda quiere, pero por las dudas vos vas a estar atento. ¿Me entendés?

El Flaco asintió y los pelos de la cabeza se agitaron como cortinas al viento.

—Vos te vas a quedar acá —el Mono señaló una pared con una pintura autografiada de Maradona de tamaño natural—. Yo sé que vos no sos de hablar, pero igual quiero que estés calladito, ¿Me seguís? Muy bien. Yo voy a estar sentado acá, en el sofá y el tipo se va a ubicar en este sillón chico. Quiero que estés muy atento. Si el poli se mueve demasiado rápido, saca algo o hace algo que a vos te parece raro, lo bajás. ¿Me entendiste?

El Flaco volvió a decir que sí con un gesto. Antes de salir le dio unas palmadas a su arma.

Cuando entró el policía, el Mono se quedó sentado mientras le estiraba la mano. El matón cerró la puerta y se ubicó como le había indicado su jefe.

Greco debió dar varios pasos para responder el saludo con sus dedos regordetes. Su baja estatura resaltaba aún más el sobrepeso. Tenía más de cincuenta años y vestía un traje marrón con un gabán gris oscuro por encima. El cuello de la camisa estaba abierta y la corbata floja y de costado.

—Inspector Greco. Por favor tome asiento.

El policía se ubicó en el sillón que se le indicaba. En cuanto se acomodó lanzó una mirada de costado al Flaco que estaba con las manos sujetas al frente y lo observaba con atención.

—Gracias por recibirme, señor Ferrara.

El Mono asintió con un leve gesto de la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos. La boca se le había fruncido acentuando la expresión de impaciencia.

—Vea, Ferrara —dijo mientras lanzaba una mirada fugaz de reojo al Flaco que seguía inmóvil en su sitio—, espero que pueda ayudarme en la investigación que tengo entre manos.

El Mono lo observaba estático. El policía se tomaba su tiempo mirando el amplio salón. La gran papada daba la impresión de que no existía un cuello debajo de la cabeza. De pronto le preguntó al dueño de casa:

—¿Usted no vivía en el barrio de Pompeya, en Bonorino y Ferré?

—Sí, me mudé hace poco.

Luego de la respuesta cortante, la cara del Mono parecía la de quien huele algo repulsivo.

—El asunto es que hace unos veinte días una ambulancia recogió en el atrio de la Catedral de Lomas de Zamora a un herido. El individuo masculino presentaba un disparo de arma de fuego en la cabeza. Milagrosamente, este hombre llegó vivo a la guardia de una clínica neurológica de la misma ciudad. Además, aunque quedó en coma, sobrevivió a una complicada cirugía cerebral.

—Es una historia increíble —lo interrumpió el Mono que aprovechó para moverse y cruzar una pierna sobre la otra—, pero todavía no veo cómo puedo ayudarlo.

—Pronto llegaremos a eso. El asunto es que no es la primera vez que aparecen víctimas en la entrada de la catedral.

El policía se pellizcó la nariz en un gesto poco natural mientras observaba a su interlocutor. Ante la pausa de Greco, el Mono acotó:

—Ese es un dato que desconocía. Es bastante raro, ¿no?

—Bastante. El obispo ya se ha quejado por el despliegue policial que supone una escena del crimen justo en la entrada a la catedral. No sé si usted conoce el lugar.

—Para ir a misa prefiero las iglesias de barrio.

—Lógico. Lo cierto es que este atrio es un espacio amplio. Digamos como un patio de colegio. Resulta que cuando aparece una víctima tirada allí, el sitio se llena de policías de la científica, se asoman los curiosos, la gente de la prensa ocupa la plaza de enfrente con la municipalidad a una cuadra. En fin, todo el circo de un muerto en la puerta de Nuestra Señora de la Paz.

El Mono se ayudó con las manos en el tobillo para cruzar una pierna. Miraba fijo al inspector con la cabeza inclinada hacia un lado. Tenía los labios algo apretados y los bordes de la nariz se le habían ensanchado. El inspector después de mirar al Flaco que parecía una estatua, retomó su relato:

—Tal como usted dijo, es una historia increíble. No es la primera vez que me asignan una víctima de asesinato que aparece en ese lugar religioso, pero esta es la primera vez que sobrevive. Por eso es tentativa de homicidio. Dígame Ferrara, ¿usted conoce la escala de Glasgow?

El Mono se encogió de hombros y los dos miraron al Flaco que seguía petrificado en su sitio. Greco prosiguió:

—¿No? Yo tampoco la conocía, me lo explicó el médico de la víctima. Según el doctor Benedetti el paciente estaba en el nivel 4 de Glasgow. Eso corresponde al coma profundo. Significa que la persona tiene un 85 por ciento de probabilidad de muerte o quedar en estado vegetativo.

El Mono bajó la pierna de la rodilla. Luego se abrió el cierre del buzo dejando a la vista el voluminoso abdomen cubierto por una camiseta blanca. Continuó observando al policía con la cabeza ladeada. Tras unos instantes se encogió de hombros. Greco asintió y decidió proseguir.

—El tipo tenía el 85 por ciento en contra —hizo una larga pausa sin dejar de observar al dueño de casa. A continuación le soltó—: Pero no se murió. Increíble, ¿no? Juan sobrevivió. Le pusieron ese nombre.

Al Mono le sobrevino un acceso de tos que fue tan severo que el Flaco estuvo a punto de abandonar su puesto para auxiliarlo. Por fin levantó la mano indicando que ya se sentía bien. Mientras soltaba algunas toses movió el mentón hacia arriba en señal de que el inspector podía proseguir.

—Estaba seguro de que la historia le iba a interesar —dijo Greco que por primera vez se movió en su asiento—. Pero hay más cosas fascinantes sobre este hombre. Están seguros de que puede despertarse en cualquier momento. Con la fiscal del caso estamos ansiosos por ir a hablar con él.

Tras algunas toses aisladas y luego de secarse las lágrimas que se le formaron, el Mono parecía repuesto. Se aclaró la garganta y le dijo al inspector Greco:

—Usted es muy bueno contando historias, sin embargo, para lucirse del todo debería explicarme cómo puedo ayudarlo.

—Dígame, Ferrara —Greco torció la cabeza hacia el Flaco—, ¿su amigo tiene permiso para la pistola que esconde en el chaleco?

—Claro —respondió el Mono que por un momento pareció desconcertado—. Por supuesto, ¿no, Flaco?

Los dos miraron como el roquero apenas inclinó la cabeza. Greco regresó su atención al dueño de casa:

—¿Para qué necesita un arma?

—Esta es una zona muy peligrosa —respondió cortante el Mono.

—Entiendo. Bueno, Ferrara, yo esperaba que usted pueda ayudarme ahorrándome tiempo —Greco esperó hasta que el Mono se encogió de hombros—. Si me cuenta ahora dónde está el cuerpo de Gatti y que pasó con el del tiro en la cabeza terminamos más rápido con todo este asunto.

El Flaco estaba inmóvil, como si no hubiera escuchado nada. El Mono, en cambio, estaba con la boca abierta mirando al policía. De pronto reaccionó y empezó a reírse a carcajadas. Greco de a poco se acomodó en su asiento y con lentitud se abrió el saco. Cuando quedó a la vista la pistola Bersa que llevaba bajo el brazo izquierdo, las risas cesaron. El Flaco sujetó su arma y avanzó un paso. De pronto se detuvo. Su jefe tenía la mano en alto. El Mono se inclinó hacia adelante y le preguntó al policía:

—¿Estás en pedo?

—Escuchame, ¿qué te parece si nos dejamos de boludeces? —la voz del inspector sonó mucho más profunda que antes—. Antes de que digas o hagas alguna pelotudez te voy a pasar unos datos. Mientras tanto decile a este “walking dead” que se quede tranquilo.

El Mono asintió y el Flaco regresó a su lugar junto a la imagen de Maradona.

—Para empezar —dijo Greco—, todos saben que odiás al obispo de Lomas de Zamora. Los vecinos vieron varias veces a tu gente pintando cosas ofensivas en la entrada de la iglesia.

—¡Boludeces!

—Todos saben que Monseñor Rinaldi te critica bastante seguido. Parece que no le gusta como manejas el sindicato. Es muy raro, él cree que vos te enriquecés mientras los afiliados pasan hambre. Pero tenés razón, son boludeces. Sin embargo, tirarle en la puerta a un tipo baleado, eso ya es otra cosa.

El Mono se encogió de hombros y miró hacia otro lado. Greco lo dejó practicar un momento la pose de indiferencia y en tono autoritario le preguntó:

—¿Qué le hiciste a Gatti?

—¿Qué? —miró al inspector con la cara enrojecida— ¡Más boludeces! ¿Qué tiene que ver Gatti con todas estas mentiras?

—Ferrara, Gatti es el tesorero del sindicato SAGATE, es tu tesorero, ¿no? Muy bien. La hija de este hombre no sabe nada de él. La pobrecita está desesperada. ¿Qué tiene que ver Gatti con el tipo tirado en la iglesia?

El Mono levantó una ceja y se reclinó contra el sillón. Miraba al policía.

Greco se pasó los dedos sobre el gabán para quitar unas migas invisibles. Luego de unos segundos, se inclinó hacia adelante para responder su propia pregunta:

—Todo pasó el mismo día, Ferrara. Desapareciste a tu tesorero, Gatti y le dejaste un baleado a Monseñor Rinaldi.

El Mono miró al Flaco como si el sujeto inmóvil estuviera transmitiéndole algún consejo con la mente. Por fin le dijo al inspector:

—Por desgracia no sé nada que pueda ayudarte.

—Qué pena. Bueno, no se perdió nada viniendo. Hubiera sido bueno que confieses y ahorres la plata de los impuestos, ¿no te parece, Ferrara?

El Mono levantó el mentón y le dijo al policía:

—Hasta hace un momento yo pensaba que eras un boludo. Ahora ya estoy seguro. Vamos, Greco, son todas cosas sueltas y que no tienen nada que ver conmigo. Si tuvieras pruebas como las que usan los abogados en los juicios no estaríamos hablando boludeces a esta hora. No sé —agregó mirando risueño al Flaco—, en una de esas vos tenés un sexto sentido. Pero a los jueces no les gustan esas cosas.

—Puede que haya venido por intuición o por un sexto sentido, como vos decís. Pero ni siquiera vos desconocés el valor de la intuición. En este momento seguro que tu intuición hace que estés preocupado, ¿o no?

El Mono negó con un gesto y miró hacia otro lado. Greco prosiguió:

—En algo tenés razón: a los jueces les gusta el pensamiento racional. Vas a ver que es cuestión de tiempo, muy pronto voy a tener las pruebas de lo que te estoy diciendo. Mirá, Ferrara, hace años que soy detective. Todos mis casos los resuelvo de la misma manera, confiando en mi intuición. Por eso te vine a visitar.

Greco le sonrió al Mono que en ese momento sacudía la cabeza.

—Tenés una estancia lindísima —dijo el inspector mirando las paredes—. Son varias hectáreas, ¿no?

—Muy bien, Greco —dijo el Mono poniéndose de pie—. Reconozco que tenés los huevos bien puestos para venir acá y decirme todas esas pelotudeces. Eso es algo peligroso. Por más que le muestres tu pistola reglamentaria, el Flaco no es el único hombre armado en la casa. En fin, no es muy sensato venir solo a amenazar al secretario general de SAGATE, el sindicato más importante del país.

—¿Por qué pensás que vine solo?

El inspector se paró y se acercó a la ventana. Corrió las cortinas dejando a la vista los tres patrulleros que estaban estacionados afuera de la casa. Las luces de las balizas rotativas iluminaban todo en medio de la oscuridad.

—No me mires así, Ferrara. Esta es una zona muy peligrosa, ¿no?

Cuando Greco llegó a la puerta se detuvo. El Flaco que lo seguía casi choca con él.

—Pensalo, Ferrara. Cuanto antes confieses, mejor para todos, en especial para vos. La verdad es que esta vez se te fue la mano y metiste la pata hasta el fondo.

Al rato los autos policiales ya se habían retirado de la estancia. Fue entonces cuando el Flaco regresó junto a su jefe que tenía el vaso lleno en la mano. El Mono le dirigió una mirada de cansancio a su custodio que parecía una víctima del vampirismo y le dijo:

—¿Cómo puede ser que el guardaespaldas de Gatti siga vivo? Vos me viste esa noche, ¿no? Yo mismo le apunté a ese tipo de pelo blanco a la cabeza. Pum.

Se sopló la uña del índice como si fuera el cañón humeante de un arma.

—Oíme bien, Flaco. Que lo liquiden antes de que se despierte. No quiero encontrarme un día con un tipo que viene a vengarse o que se acuerda de todo y empieza a hablar como una cotorra del asunto de Gatti. Y, por favor, haceme acordar de no joder más con la iglesia. Pienso que ya hay que parar con esa joda. Cuando todo se calme, podemos liquidar al poli, pero primero a ese Juan.

El Flaco asintió.

—Escala de Glasgow las pelotas —dijo el Mono tras beberse el resto del vaso—. Van a conocer la escala de Ferrara: uno, vivo y cero, muerto.

El hombre con cara de sepelio hizo una mueca con el costado de la boca y desapareció tras la puerta.